

El autor de este libro es uno de los mejores novelistas vivos, pero también un gran pensador y por eso su opinión es importante. Él piensa que la cultura occidental burguesa está pasando por un profundo y evidente proceso de desintegración, por una *mutación*, algunas señales de la cual ha visto en la música, en el fútbol, en los libros, en Google, etcétera; es decir, en nuestra cultura. Pero sostiene que lo que nos pasa es mucho más masivo y esencial.

Los causantes de estos cambios son aquí denominados “los bárbaros”. Los iremos “entreviendo” pues muchos de sus rasgos bárbaros están ya por todas partes, incluso dentro de nosotros mismos, y más bien representando posibles maneras nuevas de percibir, entender y (esperanzadamente, agrego yo) modificar al mundo moderno.

Los “bárbaros” tienen sus particularidades y maneras de vivir que el autor ya ha analizado y quiere convencernos de que lo que está sucediendo es importante para todos. Ellos están ya entre nosotros y creciendo en número a gran velocidad, y él quiere ayudarnos a sentirlos y revelarnos la forma en la que pasan por la cultura de hoy, con una navegación rápida y por la superficie; es decir surfeando o haciendo “*surfing*”, como si no quisieran tocar fondo, que es a lo que ha estado acostumbrada nuestra cultura. Como si intuyeran que ese fondo puede ser peligroso. El autor sugerirá que quizá algunas de “sus razones” para surfear y no tener que ir al fondo podrían estar conectadas con no querer repetir las catástrofes del siglo xx (dos guerras mundiales, Vietnam y una gran cantidad de otras guerras de menor tamaño y un enorme sufrimiento para muchísima gente en el siglo pasado...), y agrego yo en lo que llevamos de éste.

Lo que nos separa de los bárbaros no es pues sólo una diferencia generacional ni los muchos cambios que nos están acarreado nuestras TIC, sino algo más importante culturalmente hablando. Pero no estamos acostumbrados a este tipo de análisis de la realidad y tendemos a cerrar los ojos, y quizá tampoco sea fácil aceptar, como se nos propone, una profunda crisis de valores en la que ya estamos inmersos. Los bárbaros “ya están aquí”, y este artista-antena percibe esto en lo que llama “aldeas saqueadas”, las cuales procede a analizar sosteniendo que esto se parece más a un “cambio de mapa” que a cualquier otra cosa.

Algunas de estas temáticas son el vino, el fútbol, los libros, la música clásica, Google, etcétera; tocaremos algunas brevemente, la que más nos interesa es la última pero todas tienen algo que decirnos y mostrarnos, porque esto que sucede es cada vez más



BARICCO, Alessandro. *Los bárbaros: ensayo sobre la mutación*. Barcelona: Anagrama, 2008. 254 p. Colección Argumentos.

masivo. También expresa por ahí que los mutantes parecieran tener branquias para vivir bajo el agua (metáfora que usa en todo el libro) mientras que nosotros sólo tenemos nuestros pulmones. Es cuando “me entran ganas de comprender” afirma.

Lo introduzco ya a usted, estimado lector, en lo que nos dice:

“El miedo a ser derrotados y destruidos por hordas bárbaras es tan viejo como la historia de la civilización. Imágenes de desertización, de jardines saqueados por nómadas y de edificios en ruinas en los que pastan los rebaños son recurrentes en la literatura de la decadencia, desde la antigüedad hasta nuestros días” (p. 15).

Así, inicia este escritor, a quien no hago sino parafrasear, su análisis de la música (y luego del fútbol, de Google y otras cosas) retrotrayéndonos a otra “mutación” que surgió entre nosotros durante los siglos XVIII y XIX, época de Beethoven y cuando apareció su 9ª *Sinfonía*, que traía consigo una fuerza expresiva extraordinaria que fue creciendo hasta convertirse, unos años después, en uno de los mayores representantes del romanticismo, del cual ni siquiera se hablaba todavía y del que este músico llegó a ser uno de sus principales exponentes y nos heredó la idea de música clásica, de la que todavía hoy nos servimos. Era en realidad, agrega (p.128), “como un espacio que sólo estaba esperando esa manifestación de espiritualidad que hasta entonces había sido clandestina y nómada” (¿bárbara?). Sí, porque él sostiene luego que la bandera de los bárbaros de entonces fue la *Novena*, y también las “novelas”, cuyo número de lectores estaba aumentando mucho pese a ser ambos considerados “rasgos” de la realidad de ese entonces que eran rechazados, no obstante lo cual se convirtieron después en todo lo que fueron y todavía son.

El autor cita y sigue a Walter Benjamin, a quien lo que más le interesó siempre fue aquello en que estaba convirtiéndose el mundo en que vivía; quería estudiar y percibir los indicios de las mutaciones que acabarían disolviendo ese presente, le interesaban las transformaciones y todo se volvía para él en la profecía de un mundo por venir una nueva civilización. Lo mismísimo se intenta hacer en este libro siguiendo a Benjamin, quien si hubiera sabido quién era “...Elvis [o], la grabadora [...], la *fast food* [o] JFK, Hiroshima, el microondas, el aborto legal [...] Seguro que sería capaz de explicárnoslo todo con años de anticipación”. (p.25) Aquí, una guía para no perdernos es no rechazar lo que tenemos frente a nosotros sino aceptarlo como es y analizarlo lo mejor que podamos y sin miedos.

La música de Beethoven y las novelas, tanto para los aristócratas del XVIII como para la naciente burguesía del XIX, se habían desarrollado y estos amplios grupos sintieron la necesidad de seguir los nuevos caminos pese a ser dos civilizaciones distintas “y en cierto sentido, antitéticas”. (p.129) Luego se describe magistralmente la música de Beethoven y muchos de los rasgos culturales que resaltaba e incluía, y que parecían aludir a una expansión del espíritu humano con la cual no podían sino identificarse ambos grupos mencionados, que soñaban con situarse en el último peldaño de una ascensión totalmente humana que podía ayudarlos a sentir su propia “nobleza de espíritu” y acompañarlos a luchar contra las miserias de la vida cotidiana.

La música clásica es hoy una de las aldeas que peor salen paradas tras la invasión bárbara; no la destruyeron, simplemente la abandonaron pensando que de “ahí no iban a obtener nada” pues ellos, se los ha descrito así, lo que están intentando es “vivir sin alma”. Aquí el autor difiere, de hecho parece que rechaza a los bárbaros, pero no es así, sólo está llevándonos hacia donde quiere para mostrarnos sus puntos de vista y lo que él piensa, porque ya ha sentido cierta necesidad de “desarrollar branquias” tras acercarse a los bárbaros.

Otras aldeas saqueadas por los mutantes son el vino y el fútbol, que para entenderlos cuales hay que ver las cosas desde arriba, tratando de “captar la figura que las innumerables aldeas saqueadas dibujan sobre la superficie del mundo”. (p. 37) Pero esa lógica y estrategia no son fáciles de captar, por eso hay que intentar “leer dentro de ellos” y entender su modo de pensar, con qué sueñan y qué están buscando, sin analizar lo neurálgico primero sino las “aldeas periféricas”, porque se sostiene que ahí la batalla es más simple y donde se puede “discernir” y quizá empezar a entender verdaderamente la invasión y aquello en lo que se basa.

El vino. Durante años sólo unos cuantos países tomaban vino, sobre todo los franceses y los italianos. Las estadísticas eran impresionantes y la producción de vino todo un arte, *pero* tras la Segunda Guerra Mundial los norteamericanos se aficionaron al vino y ya para 1966 éste había tenido tal aceptación que a uno de ellos se le ocurrió empezar a producir vino en California, y como no tenía “tabúes” ni desprecios por “la realidad que está ahí” (como creo que hacía Benjamin), se adaptó al público norteamericano a sabiendas de que éste era profundamente ignorante en cuanto a vinos. Sabía que el vino que hiciera tenía que ser simple y espectacular, no sólo para disfrutarse con determinados platillos sofisticados, sino para tomarse también con casi cualquier comida, así que al final logró crear un vino “modelo” que no debería decepcionar a nadie, tener un color hermoso y una graduación bastante alta, un vino que desde el primer sorbo se ganara al interesado y le diera *una sensación de riqueza inmediata, de plenitud de sabor y de aroma*. (p. 41) *¿Surfing?* Un vino que permite su cultivo en muchas partes y, sobre todo, que es manipulado sin los “excesivos temores reverenciales”, lo que permite dotarlo de una “personalidad” más bien constante para la que no importan tanto las diferencias entre las cosechas. Y “ya está”, sólo se añaden algunos datos adicionales de este vino: los Estados Unidos consumen hoy más vino que Europa y en 30 años han quintuplicado su consumo, y ahora se toma también en Camboya, Egipto, México, Yemen, etcétera, pero también lo toman los franceses y los italianos.

Sostiene Baricco que si uno fuera a visitar a alguno de los grandes maestros que fabricaban vino (y todavía lo hacen), le ofreciera un trago de un vino como los descritos y le preguntara qué opina, su respuesta sería: “¡Bah!” Lo cual sería equivalente a decir que se trata de un “vino sin alma”. Pero el *quid* del asunto es que las cosas han cambiado, algo que no se expresa tal cual en ningún momento en este libro pero se lo implica permanentemente. Es por lo demás evidente que la disminución de calidad ha coincidido con un aumento de la cantidad: hay mucho más personas

que beben vino y la supuesta pérdida de alma tiene más bien que ver con lo que hay que pagar si se necesita expandir un negocio que de otro modo tendría dificultades importantes. Se piensa “comercialización en auge igual a pérdida del alma” (p.46); pero hay otras cosas a tomar en cuenta, como que la invención de ese vino no sólo pasa por el hecho de que los buenos vinos provenían de buenas tierras, etcétera, sino que lo principal, lo que en verdad permitió el desarrollo de ese tipo de vino, fue el descubrimiento y el uso masivo del aire acondicionado, que a la larga favoreció el control de la temperatura en las bodegas donde se guardan los vinos. Así, aquello que parecía un arte reservado a una aristocracia agrícola de antiguo linaje europeo terminó, en esta realidad, convirtiéndose “en una práctica al alcance de mucha gente...” (la fermentación a temperaturas muy elevadas o con una que sube y baja se vuelve verdaderamente complicada). El autor añade aquí, y nos pide que lo conservemos en la cabeza, que sobre todo hay de por medio “una revolución *tecnológica* que rompe de repente con los privilegios de la casta que ostentaba la primacía del arte” (las dos citas en p. 47). Hubo otros cambios menores pero que también redujeron las complejidades de antaño, y el hecho es que convirtieron a los vinos en algo común para millones de personas, se nos dice: “No seáis tan esnobs como para no comprender que se trata de una pequeña pero enorme revolución...”. (p.49)

Los bárbaros buscan el camino más corto y más rápido para el placer; esto, de nuevo, sólo lo dice el texto entre líneas pero es una de las ideas que más lo guían. Lo que según éste ha sucedido es que “ese vino niega la idea de que para alcanzar la alta nobleza del valor auténtico hay que pasar por un tortuoso camino, si no de sufrimiento al menos de paciencia y de aprendizaje” (p.50), que es uno de los valores que los bárbaros no estiman (llegar al fondo de las cosas) y en cambio sí aquello que tiene “espectacularidad”, la cual se convierte en un valor. Espectacularidad que pasa por un modo de moverse por las superficies sin bajar mucho al fondo; *surfing* basado sobre todo en establecer *links*, vínculos. También termina diciendo, un poco ásperamente, que se toma ese tipo de vino hasta en Yemen porque en esto vamos siguiendo a la cultura del Imperio. Tac, tac, tac, las cosas llamadas abierta y audazmente por su nombre, y además añade un poco después que lo que media entre una producción de vinos y otra es una revolución: unos cuantos seres humanos, muy pocos, que siguen tomando vinos refinadísimos, y una masa de hombres nuevos que probablemente nunca habían bebido vino y ahora lo hacen.

¿Hay aquí una pérdida de alma?, ¿o debajo de la superficie de una aparente barbarie existen también otros acontecimientos de naturaleza distinta que hay que resignificar? El autor redondea sus argumentos y añade que ninguno de esos acontecimientos está esencialmente “aislado de lo demás” y que nada puede juzgarse así. “Sería como tratar de comprender el movimiento de un animal estudiando tan sólo las patas traseras, o la cola.”(p.55) Alude a una inteligencia colectiva, una realidad por la que “pasan fortísimas corrientes de energía” (p.56) y para verla tal cual debemos emplear esta estrategia (que se antoja un tanto Zen), que es la manera de pensar que Baricco seguirá desplegando.

Fútbol. También se dice que el fut de antaño ha perdido el alma. ¿Verdad o mentira? se pregunta nuestro analista y se contesta: “quizá ambas cosas”. Pero ciertamente todo es más complejo, ya no se juega sólo los domingos (el rito ha cambiado), ya no se manifiesta la clase individual (se quejan muchos), ya no hay jugadores-símbolo y el fútbol es esclavo del dinero (lo cual podría ser cierto bajo cierto punto de vista, pero su análisis no va por ahí), etcétera. Una mirada que se detenga en un único rasgo de la invasión bárbara sería pura y simple estupidez, dice nuestro escritor; el fútbol que deja a un gran jugador como Baggio en el banquillo en el momento más álgido del partido, cuando se trata de un artista, un talento del fútbol, obedece al surgimiento de nuevos enfoques, una lógica que pasa por innovaciones tecnológicas y mentales, un universo más moderno (“y la entrada en circulación de grandes cantidades de dinero”). (p.60)

La tv digital ya está ahí y el deporte ha tenido que adaptarse a ese lenguaje y a esas técnicas modernas televisivas que siguen el modelo del deporte norteamericano; ¿eso quiere decir que el fut ha perdido alma?, ¿qué piensan y hacen los bárbaros? Desmontan el tótem y lo diseminan por el campo de la experiencia, dispersan su sacralidad, porque ahora los partidos se juegan los lunes, los viernes, los jueves, en directo, en diferido, etcétera. El rito se ha multiplicado (y modificado) y lo sagrado se ha diluido. ¿Hay en esto una pérdida de alma? Nosotros, prosigue nuestro escritor, echamos de menos el tótem, pero los bárbaros no, “ellos desmantelan lo sagrado...”. (p. 63) Y lo sagrado en el fut era el marcaje; por ejemplo, él, el autor, era defensa de niño y no podía pasar nunca del medio campo, sólo veía siempre de lejos cómo su equipo metía los goles; él marcaba a su hombre (un delantero) durante todo el partido y lo único que tenía que hacer era anularlo, y después de un rato “ya lo sabías todo sobre él: cómo driblaba..., si tenía problemas en la rodilla, etcétera.” (p.67) ¿Con qué han sustituido esto los bárbaros? Centrándose menos en la grandeza del individuo (Baggio en el banquillo), la cual ha sido distribuida entre todos; en el fut moderno hay un único acontecimiento en el que todos participan constantemente: el “fútbol total”, que pusieron de moda los holandeses. La lógica con la que jugaba Cruyff; quien recuerde eso quizá pueda intuir lo que mueve a la furia destructiva de los bárbaros: para que suceda de todo en cualquier parte del campo tienes que correr rápido, jugar rápido y pensar rápido; “en el genio, en la profundidad del individuo más noble, ese ritmo es fragmentario”. (p. 71) En todas las aldeas saqueadas, escribe Baricco, está esta frase: *“un sistema está vivo cuando el sentido se encuentra presente en todas partes, y de manera dinámica: si el sentido está localizado, e inmóvil, el sistema muere”*. (p.71) A mi me parece que el autor está también diciendo, pero de otro modo, que si las cosas están demasiado concentradas, como también creo yo que sucede en nuestro mundo, el asunto no funciona para todos, cosa que el texto jamás menciona. Pero, no juzguen todavía a Baricco porque faltan sus argumentos más serios y controvertidos.

Libros. El mundo de los libros está asediado también por los bárbaros y se nos dice también cómo luchan y vencen éstos aquí, que es su aldea (él es escritor). Lo que se repite más es que “ya no se lee”, y que quien hace libros sólo piensa en el beneficio. Pero aquí hay una contradicción porque si lo primero fuera verdadero lo

segundo no existiría, nos dice; y es que hace décadas que “la industria editorial de Occidente aumenta de manera constante y significativa su volumen de negocio”. (p.73) Y nos da algunas cifras. En USA, por ejemplo, el número de libros producidos ha aumentado en los diez últimos años un 60%; la queja es que donde antes había empresas hoy hay enormes grupos editoriales cuya búsqueda de ganancias se asemeja más a la de la industria de la alimentación (lo cual es muy cierto) y añade muchos otros rasgos. Pero Baricco va por otro lado, dice que el énfasis comercial más que una causa es un efecto. (Me parece que evita aquí hablar del neoliberalismo porque eso quizá ameritaría otro enfoque, otro libro).

Hasta el siglo XVIII, quienes leían libros eran sobre todo quienes los escribían o una pequeña comunidad circunscrita, determinada por una educación y algunas otras cosas, mientras que con el triunfo de la burguesía del XIX mucho más personas tuvieron capacidad, dinero y tiempo para leer. La novela del siglo XIX convirtió en real un público que era sólo potencial, pero fue pensada para cubrir sólo el mercado disponible entonces; supuso también un cambio total e impuso una nueva lógica, aunque al principio se percibió como una amenaza y un objeto nocivo: los médicos prohibían como una degradación la noble acción de escribir y leer.

Google (y You Tube, y muchas otras cosas que ya es difícil pensar como separadas, como Twitter y Facebook y otras) tiene apenas unos 15 años de vida o menos, pero hoy con Google y unos cuantos clics un ser humano accede a cualquier ámbito del saber. Baricco mismo se considera ya un bárbaro, cuando menos en parte. Esta modernidad implica:

“Innovaciones tecnológicas que rompen con privilegios de casta y abren la posibilidad a una población nueva [...] un gigantesco ensanchamiento de los campos de juego [...] La simplificación, la superficialidad, la velocidad, la medianía [...] El pacífico acomodo a la ideología del imperio (norte)americano. [Esto no me gusta, pero me parece que Baricco no tiene la posibilidad de expresar aquí todo lo que esto implicaría]. La sorprendente idea (el *surfing*) de que algo [tiene] sentido e importancia únicamente si consigue enmarcarse en una secuencia más amplia de experiencias.” (p. 96)

Los bárbaros, dice el escritor, no llegaron de ningún lado, surgieron naturalmente entre nosotros o en nosotros, en alguna parte de nuestra visión y sensibilidad. Ya hemos entrado en ese juego aunque no seamos muy conscientes, nuestra idea de los libros es hoy otra.

Google. Baricco nos dice conocer que lo que está en la red no es el saber, y menos todo el saber, pero enfoca eligiendo, de nuevo, a su manera, y agrega que hoy cuando alguien enciende una computadora (dejando al margen la pornografía diciendo sólo ¡qué traviesos! para no desviarse) en el 95% de los casos es o para enviar y recibir correos o para emplear un motor de búsqueda (como Google, Yahoo, etcétera). Y nos recuerda que los creadores de Google, de sólo 23 años, Page y Brin, hicieron accesible para cualquiera prácticamente toda la información del mundo, fácil, rápida y

gratuitamente. “Lo más parecido a la invención de la imprenta que nos haya tocado vivir. ¿Sabéis cuántas veces los habitantes del planeta Tierra harán esa operación hoy, precisamente hoy? [el libro de Baricco se publicó en el 2006 en Europa y en el 2008 entre nosotros]. Mil millones de veces. Más o menos cien mil búsquedas por segundo [...] ¿No percibís el inmenso sentido de ‘todos libres’, no oís los gritos apocalípticos de los sacerdotes que se ven destronados y repentinamente inútiles?”. (p. 102)

Estos jóvenes pusieron el énfasis en los vínculos (*links*) que ayudan a calibrar el valor de una investigación de acuerdo con el número de citas que se hagan de ella en otras investigaciones, a lo que hay que añadir que Page encontró un algoritmo de complejidad monstruosa que se encarga de ese cálculo vertiginoso de *links* que se entrecruzan. Hoy (ya se sabe, pero lo repetiré por si acaso), cuando alguien busca una palabra o un grupo de palabras se encuentra con una lista infinita de la que sólo leerán las tres primeras páginas, y con eso le bastará para encontrar los sitios web que necesita. “Esto es parte de la mutación en curso” (p.108), el valor de una información se basa en el número de sitios que se dirigen hacia ella y en la velocidad con que llegan a ella. Lo principal no es un ahorro de tiempo sino que todos los sitios (basándose en vínculos) nos han dirigido hacia ahí; no se indica un atajo sino el que en opinión de esos sitios era el mejor y en dónde estaría. La velocidad es generada entonces por la calidad y no al revés, lo cual en opinión de nuestro escritor “reformula radicalmente el concepto mismo de calidad... La idea de qué es importante y qué no”. (p.108) No se destruye nuestro viejo modo de ver las cosas, sino que se lo sobrepasa. Y si por ejemplo una respuesta a una pregunta formulada a Google estuviera en sánscrito, ésta no estaría entre los treinta primeros sitios, “lo más probable es que se señalara como el mejor sitio aquel que dice la cosa más cercana a la verdad en una lengua comprensible para la mayor parte de los seres humanos. Es decir, un criterio de calidad que está dispuesto a trocar un poco de verdad a cambio de una cuota de comunicación”. (p. 109)

Es como si esos cerebros

“...hubieran comenzado a pensar de otro modo [surfear]: para ellos una idea no es un objeto circunscrito, sino una trayectoria, una secuencia de pasos, una composición de materiales distintos [*links*]. Es como si el Sentido, que durante siglos estuvo unido a una idea de permanencia, sólida y completa, se hubiera marchado a buscar un hábitat distinto, disolviéndose en una forma que es más bien movimiento, larga estructura, viaje. Preguntarse qué es algo significa preguntarse qué camino ha recorrido fuera de sí mismo [...] la hermenéutica del siglo xx ya prefiguró [...]un paisaje de este tipo” (p.110), pero ahora esto está convertido en algo operativo en Google y es el gesto cotidiano de cientos de millones de personas, lo cual implica “una auténtica mutación colectiva, no sólo un simple reajuste del sentir común [...] la densidad del Sentido está allí por donde pasa el saber, donde el saber está en movimiento. Todo el saber, sin excluir nada”. (p.110) Así (paráfraseo), aquello de que entender y saber significa penetrar a fondo en lo que estudiamos hasta llegar a su esencia, es una hermosa idea que está muriendo y siendo sustituida por la convicción de que la esencia de las co-

sas no es un punto sino una trayectoria (no una sincronía sino una diacronía, diré para aquellos que estén familiarizados con estos conceptos), y que no está escondida en el fondo sino dispuesta en la superficie (*surface*) y ya no está en las cosas sino que se disuelve fuera de ellas, donde realmente comienzan; es decir, por todas partes o en cualquier parte. Conocer es surcar rápidamente por lo inteligible reconstruyendo trayectorias dispersas en las ideas o hechos o personas; navegar. Superficie en lugar de profundidad; viaje en lugar de inmersión, juego en lugar de sufrimiento. ¿Queríamos ver el animal en movimiento? "Lo que yo puedo hacer para que comprendáis a los bárbaros, aquí lo tenemos". (p.112)


Pero con las branquias de Google respira ya mucha gente aun con las computadoras apagadas. El oxígeno para los bárbaros está en el acontecer de experiencias lo anterior ya no les funcionaba, con los pulmones respiraban mal. La solución que encontraron fue ponerse branquias y aprender modelos nuevos, técnicas inéditas, y entonces volvieron a adquirir experiencias, pero ya eran peces. No era así antes, más bien uno se acercaba a las cosas una por una, con base en un trabajo de paciencia e incluso de erudición, un asunto íntimo. Pero ahora la chispa de la experiencia salta en un movimiento veloz que traza la línea de un dibujo en el seno de secuencias más largas, compuestas por diferentes "algos", y para que el dibujo sea visible la mano que lo traza tiene que hacer un gesto único... único y completo. Y se detiene ahí sólo el tiempo necesario para obtener un impulso que sea suficiente para acabar en otro lado; lejos del fondo que para los mutantes es una pérdida de tiempo y hasta quizá un lugar peligroso.

¿Dónde se adquieren las certezas me pregunto yo... aquello tan letal donde los otros dejan de contar como seres humanos reales? Hoy es difícil que nuestros gestos tengan un sentido auténtico porque estamos entre dos visiones del mundo y tendemos a usar ambas: conservamos el sentido de cuando llegábamos a las cosas tras arribar, luego de cierto rigor, al lugar de su origen; pero hoy sabemos bien que sólo existe lo que se cruza con nuestras trayectorias y sólo en ese momento, intuyendo que es el momento de máxima ligereza y velocidad cuando las cosas llegan a formar parte de figuras más amplias en las que hemos aprendido a leer el mundo. Son éstas casi las mismas palabras con las que Baricco inicia un descenso de todo lo que nos ha dicho y que yo ni por asomo puedo haber abarcado. Es muchísimo todavía lo que se queda en mí y en mi tintero, pero ya no puedo alargarme más y aquí inicio yo mi propio descenso.

Hoy un niño necesita un movimiento constante para tener la impresión de que está adquiriendo experiencias, surfea en la multitarea: "juega con el Nintendo mientras come algo, llama por el celular a su abuela y ve la tv, mientras acaricia a su perro con el pie...". (p. 116-17). Las multitareas encarnan una idea naciente de experiencia: habitar cuantas zonas sea posible con una atención baja; no se trata de vaciar de contenido muchos gestos, sino de hacer de ellos uno solo muy importante. No tienen el instinto de aislar cada gesto para hacerlo con más atención ni para obtener lo mejor de ellos. Etcétera.

Baricco sigue extendiéndose y sostiene que este proceso histórico está probablemente teniendo su fin tal como ha sido. Lo que parecen querer los bárbaros es que

todo el conocimiento se generalice, aunque tengan que “dar al traste con todo” por la memoria que tienen de lo que sucedió en el siglo pasado; como si se hubieran jurado que eso no volvería a suceder, ni de esa manera. ¿Desconfían del tipo de cultura que permitió eso, no sería esa idea de espiritualidad y ese culto a la profundidad la raíz del desastre? Son preguntas legítimas que ciertamente no surgen de la nada.

Parfraseo una vez más. Al matadero de las dos guerras mundiales llegaron culturas como la alemana, la francesa, la inglesa... las mismas que habían concebido la civilización de la profundidad y de la espiritualidad laica. Los mutantes tienen miedo a pensar en serio, a pensar a fondo, a pensar en lo sagrado; quizá la memoria de un sufrimiento sobrellevado sin heroísmos está en ellos en algún lado. Esta idea de desmantelar el alma era la mosca detrás de la oreja que quería dejarnos Baricco. De él siguen fluyendo ideas y visiones muy poco comunes y veloces. Surfea, también establece vínculos inesperados que echan mucha luz y a veces encandilan, pero hay que esperar un poco, analizar otro tanto y darse también tiempo para al final observar la cantidad de información que mueve este gran autor. El ensayo, lo admito abiertamente, sólo cumple quizá con uno de sus cometidos: hacerlo a uno pensar... y reaccionar. La cantidad de pensamientos que este escritor sigue y sigue trayendo a las últimas páginas es apabullante y quizá la mejor parte de su libro. Pero esa será tarea de los lectores que se hayan dejado influir por este texto. 

Francisco Xavier González y Ortiz

Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM

